



La arquitectura al servicio de las formas revela una vez más la disponibilidad económica, todo un estilo de vida, siempre en Mendoza, hay un espacio para el verde, para el cultivo de la naturaleza. En el momento de alzar la vista se descubren formas que invitan a la contemplación, como son las estatuas. Toda la avenida Civil guarda al punto un espíritu de libertad y de arquitectura, un ejemplo es el que se alza sobre la torre de entrada en una de sus esquinas, otra modalidad es la torre integral realizada en guarnición de mármol, en calle Pedro Molina.

El mirador es símbolo de otra época, cuando los mendocinos tenían tiempo para relajarse con uno de los más hermosos espectáculos que pueden encontrarse, la belleza de su cielo de verano.

Las imágenes que Mendoza ha exportado en algunos panes del turismo pondera su valor, producto de la laboriosidad del hombre y el sol de la naturaleza, paisaje del surco y su riqueza. Es una pena, sin embargo que entre lo obvio y las formas de la ciudad, se nos haya desdibujado en el tiempo la belleza incomparable del cielo mendocino. Una hermosa luminosidad azul, una luna de excepcional brillo y todas las cosas, quedan para deleite de la vista.

Un placer para gozar con el espíritu sereno, el mejor paisaje de la naturaleza para observar en silencio, sin apuros. Para deleitarse con el espíritu levantado, es los buenos momentos que se viven en el camino de cada día. Entonces si, es posible verla en toda su dimensión.

Se la puede conocer a distintas horas y siempre será diferente. A las 9 nos regala la imponencia del sol mendocino de media mañana atravesando foliajes para descargarse, jugarlos, entre paredes y baldosas; ofreciendo curiosos contrastes de manchas o dejando caer sobre el piso montañas de luz.

Las horas más tarde abrimos con su ritmo, el bullicio incesante del tránsito, el paso a la carrera, el empujón imprevisto, el "disculpe" apresurado.

Por la media tarde la ciudad se carga de un tinte turquesco, los mendocinos se dedican a caminarla sin demorarse apuro; es la hora de acercarse a la pausa de un café; las mendocinas invierten el tiempo en compras, en comparar precios, modelos, calidades.

La ciudad entra por los ojos con su paisaje de árboles, donde el verde uniformiza la arquitectura total, la ciudad entra por los oídos, por las sensaciones olfativas, por los poros de la piel. Entra en silencio, en sombras compuestas por el hombre del camino. La ciudad se instala en los sentidos hasta dejarnos puntos de referencia para el camino cotidiano.

La ciudad termina por formar parte de quien la vive. Por eso, se la extraña cuando se está lejos de ella. Tal vez por eso mismo no siempre se la termina de gustar. Y vale la pena este tipo de aventuras. Pocas pueden ser tan gratificantes y económicas para un día de verano. La idea bien podría llevarse a cabo observando lugares curiosos, contrastes llamativos, espacios que el progreso en su apurado paso dejó como olvidados; de las casas surgen estilos de vida, costumbres olvidadas, formas de encarar la vida. Sitios que se encuentran a pocos pasos de cualquier sector del centro y que —por eso mismo— continuamente pasamos apurados junto a ellos, sin detenernos a pensar qué son y para qué fueron hechos. Bien pueden ser estos, algunos ejemplos.



Un pincelazo de tiempo nos abre a formas de vida que se resisten a abandonar la ciudad. Mañana y San Martín, una cuadra antes de finalizar. La Alameda, los tipos silenciosos entre sus ramas como queriendo proteger la quietud de una mañana sin ruidos.

Para tranquilidad, una casa con altillo, una calle gráficamente ancha, una vida sencilla, íntima, que acerca al hombre de nosotros dan a una prosaica contención de tiempos.

Un pincelazo del siglo XIX que amarga, muestra la vida, a estilos de vida a principios del siglo XXI. Los roles de la tarde hacen con los muros, dejándonos un día de más, un día de más, un día de más.

La ciudad desconocida

A las dos de la madrugada se despierta nostálgicamente la ciudad, cuando las confiterías a las principales y a apagar sus luces y el comercio silencia los ruidos de las calles y las sombras de interiores. A las 5 se hace confusión, los últimos, se van a dormir; los primeros salen a trabajar. Se mezclan cansancios con pasos apurados, vestidos de noche con ansiedades de día nuevo.

La ciudad es un enorme caudal general de los esfuerzos cotidianos; a veces, también un picado fino que tiende a disimular la impensada soledad.

La ciudad es una invitación abierta a descubrir del desierto que genera el apuro de cada día. Tiene colores inconfundibles; tiene aromas cambiantes en cada calle, en cada barrio; tiene sonidos diferenciados en cada sector, formando personalidades que se diferencian en matices, a veces sutiles, pero que insisten a descubrirlos, antes que el tiempo la cambie por un murmullo sordo y constante de ciudad mayor.

La ciudad entra por los ojos con su paisaje de árboles,



Tan insospechablemente céntrica, calle Patricia Mendocinos se carga de gesto grave, doctoral, desde el Centro Cívico hasta Espiga, tradicional zona de estudios jurídicos. Todavía se resista a convertirse en una arteria puramente comercial desde plaza Independencia hasta Godoy Cruz. Pero desde esa esquina, hacia el norte mansa, blandamente, se hace calle de barrio para dejarse estar en el tiempo con su carga de adquirentes cuando llega a tomar su carga de vehiculares en Coronel Plaza.

Dura técnica ma de revestir calles modelando piedras a golpe de pico y terminación a combio y martillina con una terminación de "acachado" con arena fina y alquitran a manera de juntas de dilatación. Tiene sabor a barrio ese paisaje insospechablemente céntrico con su arbolado sombreando adoquines para un sector sin problemas de estacionamiento.

Oriente del siglo XIV en la Cuarta Sección. La fachada de Carlos Pellegrini al 50 ofrece una réplica de un palacio ubicado en la India, que contrasta llamativamente, con sus torres almenadas, sus cúpulas cobolares, sus ventanas de apertura en arco islámico, con el empuje de la tradicional construcción mendocina de muros de adobe y aliglo, caracterizada por los altos muros de adobe asentado sobre barro.

Desde la altura de sus muros, la fachada pareciera pedir espacio para lucir sus formas inusuales en la Mendoza del siglo XX. Un estilo de clara reminiscencia islámica camina en los jardines y en las frentes circulares de la construcción. La residencia invita a pensar en cierto momento imaginario que despertara en la infancia la lectura de Las Mil y una Noches, en Oriente místico que despertara al enfrentar su arquitectura singular y que, por sus muros, ha terminado por convertirse a la construcción —una residencia particular— en céntrica obligada para cuanto tour se realiza por calles de Mendoza.



El tiempo se ha detenido en la esquina de Pedro Molina y Mitre. Se hizo arquitectura de formas rurales, con techos a dos aguas, galerías altas rodeando el cuerpo de edificio, cercado por umbrosos jardines y rejas a la calle. A manera de contraste, al fondo, se recorta, entre el follaje, la silueta espijada de un moderno edificio en torre.

Los estilos de Mendoza en dos estilos de construcción graficando las instancias vividas por una misma zona. La rural, recuerda que esa edificación correspondió al declive sur de la zona urbana de Mendoza, a cuyo frente se alzaba la Quinta Agronómica; el predio de experimentación de donde salían las primicias frutales más codiciadas. A su frente, el horizonte se extendía en viñedos, olivares, frutales, una bodega, un zanjón y más viñedos.

Por este tomo de tierra casi nivelado transcurren cuatro siglos de vida mendocina junto a una leyenda que el tiempo ha respetado hasta en el nombre. La Calle de los Pescadores, donde se muere la Cuarta Sección para que nazca el departamento de Las Heras. Cien metros —apenas los últimos cien metros— guardando la imagen que siempre ha tenido. Árboles silvosa, una sola acequia para riego. Al fondo, la recorta el tránsito siempre apurado del Acceso Norte.

Por esta calle ingresaban a la ciudad —por sus, su nombre— los pescadores de las Lagunas del Rosario. La pesca se acomodaba entre varas de totora húmeda y a lomo de mula se atravesaba el desierto del noroeste para alcanzar la Calle de los Pescadores, sembrada hasta el desierto para recomponerse a un esfuerzo sobre arenas calcinadas. El itinerario lo continuaba hasta calle Iturrigaray para doblar en busca de Jujuy, donde se encontraba la vieja feria de Mendoza, en el predio que actualmente ocupa plaza Cobo.



El esplendor de una Mendoza rural que al convertirse predominantemente hacia ciudades se de los refinamientos que conmovió en Europa, hoy significa a la espera de una definición que no llega. La mirada descubre un esfuerzo por la presencia de un edificio —espigado— del más puro cubo, magistralmente completado frente a los muros de entrada al parque General San Martín. Todo un conjunto que desentona la fantasía de los arcaísmos de mendocinos que —algunos vez— solían tener pasearse bajo su arcada arbolada por el agua cantarina de El Jardín o sobrediva al balcón enajenado, observar en una noche de verano la inmensidad del mar que, con el contrapunto de la crederilla como fondo, inauguraba un momento que fue "la casa" de muchos mendocinos soñadores.

Pedro su incombustible en medio de una borrasca de aguaceros que desató, padeciendo, encendido proyecta e iniciativas y terminó por paralizarse. Como comercialmente encarrilado. Y que se abrió en el mismo, dejando un esfuerzo sin concreción y la agraria para el esplendor de una época que aún despierta miradas nostálgicas.

La empresa que adquirió el chabul a sus cuatro originalistas decidió la erección de un edificio en torre; al conocerse la noticia, surgieron opiniones que reclamaban la conservación del edificio a manera de patrimonio provincial. Se pensó en derivar el destino a "Casa de la Cultura" de Mendoza. La empresa detuvo la intención de demolición, adelantando tiempo para que se adoptase una decisión al respecto. Pero todas las iniciativas chocaron contra la inflexible decisión oficial de no cargarse de un nuevo edificio, ni aun para la cultura. Y allí quedó, en Emilio Civil y Boudgery San Martín, como testimonio de buenas intenciones que no prosperaron y de iniciativas comerciales que no alcanzaron a concretarse, desportando aspiras y miradas nostálgicas para un testimonio rico de una Mendoza que se despide irremediablemente.

Ahora se alquila para salón comercial. Los 890m² de superficie se encargó de presentarla como sala pionera de los grandes edificios mendocinos.

Cine Theatre Palace, que albergó multitudes en los comienzos del cine sonoro para ver programas de variedades por noche o diez films cortos, alternando risas con Charles Chaplin, El Greco y el Flaco o Las Aventuras de Pancho Talamo, salpicando emociones con Tom Mix, emocionado con canciones de El Jolán o Maurice Chevalier, admirando con la perfección de las películas de Mistinguette.

Alguna vez —hace muchos años— se agolpaban multitudes sobre esa vereda para ver de cerca, para saludar a Carlos Gardel, un momento que costaba tres pesos con cincuenta centavos, el equivalente a tres días y medio de trabajo de un jornalero no especializado.

Por encima de la marquesina todavía puede observarse el estilo de la fachada original del cine en tiempos en que aún la moda no había desplazado los estereos hacia otras salas y su interior se cargaba de risas, suspiros o aplausos para un tipo de espectáculo cuyos protagonistas ya son historia. Como en historia su recuerdo como cine elegante de la Mendoza de los años '30.



"Se ilustra, señor?" Curiosa forma de acceder a un hecho cotidiano, la que se mantiene en Villalonga y Las Heras ofreciendo un estilo que el tiempo se lleva. El quinceño de lustrado, donde el cliente pasa al interior y forma asiento en sillitas tan antiguas como cómodas, coboca el pie sobre el apoyador metálico y puede deslustrarse —con la misma comodidad que en la sala de su casa— en leer las noticias del día.

Sabían darse comodidades en otros tiempos para los actos de la vida cotidiana. El profesional hasta el calzado de pie, porque era posición fácil el esfuerzo para sacarlo brillo al calzador.

El profesional hasta el calzado de pie, porque era posición fácil el esfuerzo para sacarlo brillo al calzador.